



# Secretos Inconfesables

UNA PASIÓN TAN PELIGROSA QUE  
POCOS SE ATREVERÍAN

SAGA NO. 2

MERCEDES FRANCO

**Secretos Inconfesables.**

**Una pasión tan peligrosa que pocos se atreverían.**

**Saga No. 2**

**Mercedes Franco**

# Tabla de Contenidos

[Capítulo IV. Buscando a Ackermann](#)

[Capítulo V. Me llamo Lucinda Washl](#)

[Capítulo VI. Amor incondicional](#)

[Capítulo VII. El águila ha caído](#)

[Capítulo VIII. El gorrión enjaulado](#)

[Continuará...](#)

[Otros Libros Recomendados de Nuestra Producción](#)

## Capítulo IV. Buscando a Ackermann

Recordó las tardes interminables de verano en la hacienda de la abuela en Chipping Campden, para ella y su hermana este era un lugar idílico, y todo el año soñaban con terminar las clases para ir a ese hermoso lugar. Siempre fue una chica curiosa y le gustaba saberlo todo, tal vez eso le ayudó años después cuando ingresó a la fuerza militar.

Ahora estando en ese mismo lugar recordaba la inocencia de sus años infantiles y le daba risa pensar lo bonito que era el mundo entonces comparado con todo lo que habían pasado en esos seis años de la guerra. La primera vez que vio a Londres luego de terminar la Segunda Guerra Mundial fue un gran impacto, pero una de las cosas que la consolaba era haberle ganado a ese maldito de Hitler. Pero luego del infierno que vivió no sabía si algún día se recuperaría, realmente estaba viva de milagro. Pero por lo menos la pequeña Amara estaría bien, lejos de todas las secuelas de ese terrible desastre.

Al recordarle se sentía francamente deprimida, no había nada más cruel que separarse de una hija, pero en ese momento era necesario, ni siquiera sabía si saldría viva de todo eso, y gracias a esa mujer alemana la pequeña Amara se había salvado de las manos de ese demonio de Menguele. Pero no podía dejar de imaginársela, correteando por allí con su hermoso cabello rubio y esos increíblemente hermosos ojos azules.

El dolor era casi insoportable, pero tenía una esperanza en su corazón, una muy pequeña, la de ver a André nuevamente, ese era el acuerdo que tenían, al terminar todo eso podrían reencontrarse. Al menos eso era un consuelo, una luz en medio de la tormenta, de toda esa oscuridad que los había embargado bajo la figura maléfica e indeseable del Führer.

Recordó la primera vez que vio a André en persona, pese a haberlo estudiado intensamente por meses, conocía todo de él, su perfil psicológico el cual los investigadores del MI6 habían armado,

éste era realmente increíble. Denotaba a una persona excepcional, de excelentes sentimientos, que se preocupaba por los demás. Era muy diferente a muchos alemanes para quienes los judíos y los desvalidos no importaban en lo más mínimo.

Desde que vio su foto le pareció un hombre muy guapo, con una ternura especial en su mirada de profundo color azul. Su tez pálida denotaba que era un intelectual, nada que ver con el nuevo ideal alemán atlético y fuerte que promovía el ideal nazista. Ella trataba de mantenerse en su rol como profesional, pero se daba cuenta que le llamaba mucho la atención ese hombre, más allá de lo normal.

Miraba su foto, leía y releía todos los días la información, se grabó de memoria muchos aspectos de aquella persona, la cual debía interceptar al mismo tiempo que seducir y atrapar al estúpido general Volker Otis, conocido bisexual. Le daba asco solo de pensar que debía acostarse con un hombre sanguinario como ese. Pero era necesario estar cerca de una de las manos derechas del Führer, sobre todo éste que estaba a cargo del programa Aktion 4, en el cual muchos políticos claves habían sido encarcelados. Incluyendo ingleses y otras personas que eran protegidos por el gobierno inglés.

Era conocido por el MI6 que Hitler y sus generales estaban haciendo una masacre bajo el nombre de la higienización o eugenesia, donde personas con enfermedades eran eliminados con la excusa de limpiar la raza aria. Pero también con esa excusa eran asesinados políticos y conocidos personajes que estaban en contra de las maniobras anarquistas de Hitler. Igualmente, habían descubierto un programa denominado Lebensborg, el cual actuaba como una cubierta haciendo creer a las personas que se buscaba la reproducción sana y el cuidado de bebés alemanes para reproducir la raza, pero que en realidad era un programa de experimentación encubierto bajo el nombre de Proyecto L, el cual estaba bajo la dirección del indeseable y cruel Doctor Johan Koch-Lehner, y posteriormente contaría con la asesoría del propio Doctor Josef Menguele, quien sería conocido como el Ángel de la Muerte.

La misión de Lucinda era conectarse con personas que le permitieran ayudar a algunos políticos secuestrados por el gobierno alemán bajo el programa de eugenesia, y al mismo tiempo enviar información al gobierno inglés sobre el programa Proyecto L, el cual parecía muy importante para Hitler.

Para esto se entrenó por meses, preparándose física, mental y emocionalmente, sometiéndose a diferentes presiones, vejaciones y ejercicios para logra la mayor resistencia física posible. Lucinda siempre había sido una mujer muy fuerte, por eso cuando terminó su preparación se sentía plenamente capacitada para enfrentar lo que se venía. No obstante, al introducirse en el ambiente alemán se dio cuenta que nada de lo que hiciera era suficiente para aguantar la basura que reinaba entre los militares y los políticos del partido Nazi, ni las crueles escenas de tortura, asesinato o vejación hacia los seres humanos.

Fue colocada en un hogar bajo el nombre de Dorota Holmberg, haciéndose pasar por una chica alemana de clase media que había estado de viaje en el extranjero y ahora volvía a su país para participar en los campamentos de las juventudes hitlerianas. Pronto logró hacerse notar por el importante oficial alemán Volker Otis Furtwangler, quien era 17 años mayor que ella y el cual tenía preferencias bisexuales, aunque en realidad le gustaban más los hombres que las mujeres. Pero era peligroso ser homosexual en esa época, se arriesgaba a ser apresado por atentar contra los principios del nazismo, así que tenía cuidado de dejarse ver con hermosas jovencitas, y Lucinda se había encargado de ser la más bella de todas.

Él fue sobre ella como una ave de rapiña, su supuesto tío la llevaba a las fiestas organizadas por el partido Nazi, para exhibirla y que ésta se convirtiera en una presa deseable para Otis. La inteligencia y seducción discreta de Lucinda llamaron la atención del general, y en poco tiempo la pidió en matrimonio. Ella era experta en aparentarse alemana, una tímida y joven chica alemana de 17 años, cuando en realidad tenía 23, era todo lo contrario a lo que aparentaba ser. Sabía perfectamente como desenvolverse según el ideal de la mujer alemana, le habían entrenado con todo lo necesario para conocer la cultura y modismos mejor que cualquier persona de ese país, su

acento era perfecto, gestos, estilo, había sido seleccionada por ser la más apta entre las candidatas para esa misión, gracias a su fenotipo y fuerte carácter que la hacían inmune a cualquier trauma emocional derivado de su misión.

O al menos eso creía ella, pero la realidad era muy diferente, fingir ser otra persona todo el tiempo, aunque estuviese sola, era francamente desgastante, siempre estaba en su papel, y nunca podía salirse de éste, pues era riesgoso para la misión. Ese día se observó en el espejo y vio a una desagradable desconocida, detestaba pasar desapercibida y comportarse como una mujer tímida y apocada, pero no podía hacer más nada, ese era su personaje y así debía comportarse para no despertar ninguna sospecha.

- Y bien, ya estás lista, le dijo Volker.

- Sí.

- Vayaaa, te ves francamente fantástica, serás la mujer más hermosa de toda la fiesta.

- Tú crees, me veo muy convencional.

- Para nada, si hay algo que no eres es convencional, si lo fueses jamás me habría casado contigo.

- Otis, yo...

- ¿Qué? Habla rápido, sabes que no me gustan las indecisiones.

- Espera, lo que quería decirte es que no me dejes sola en la fiesta.

- Oh rayos, tú y tus tonterías mujer.

- Es que no me gusta esa gente, son, son poco educados, no se comportan como personas discretas, con la etiqueta y el protocolo que se requiere en ese tipo de situaciones sociales.

- Pues contigo tendrán que hacerlo, porque eres mi esposa, así que no te preocupes, nadie se te acercará de forma irrespetuosa o se las verán conmigo, dijo colérico.

- Bien Volker, tranquilo, no ha pasado nada de eso, tranquilo.

- Bien, pero que quede claro, así que estarás tranquila en la fiesta, además los oficiales saben que con la esposa de Volker Furtwangler nadie debe meterse.

- Bien, como digas Völker, dijo pensando en lo molesto que era ese hombre, y en su evidente falta de carácter.
- Vámonos, sabes que detesto llegar tarde a todos lados.
- Pero es una fiesta Völker.
- No me importa, sabes que no me gusta, así que no me contradigas, le dijo el imponente hombre.

Völker Otis Furtwangler Weigel para ese momento Brigadeführer de la SS (posteriormente ascendería hasta llegar a Oberstgruppenführer-SS en 1942 gracias a sus buenos oficios y obediencia incondicional con el Tercer Reich). Era un hombre de un metro 90 centímetros, delgado y atlético, por lo que resultaba francamente amedrentador enfrentarse a él, era el prototipo del hombre alemán ario, rubio, de ojos profundamente azules, mirada penetrante y fuerte. Si se hubiese deseado ilustrar a ese ideal del hombre nazi seguramente la foto de Völker habría estado al lado de esa descripción. Con su uniforme negro se veía francamente imponente, era un hombre muy masculino y fuerte, nadie sospecharía que en realidad no cumplía con los requisitos establecidos por el régimen.

Cuando llegaron a la fiesta todos se quedaron admirados al ver la belleza de la señora Furtwangler, la cual destellaba elegancia y distinción, muy diferente a todas las chicas falta de clase que pululaban alrededor de los oficiales del partido Nazi. El derroche de lujo era magnánimo, no se escatimaban gastos para dar la mejor impresión posible, y otorgar un ambiente que les hiciera pensar a los alemanes como el Canciller y ahora líder de la nación estaba sacando a flote a la Alemania de esos años de terrible inflación después de la Gran Guerra.

- Ves como todos te admiran.
- No, no me di cuenta, mintió ella.
- A veces desearía que fueses menos modesta, me gustan las mujeres que se destacan del montón.
- Está bien Otis, le dijo sabiendo que era mentira.



- Espero que esta vez te comportes normalmente.
- A qué te refieres.
- A esas tonterías que te han dado últimamente, no quiero que demuestres esos comportamientos delante de los demás.
- Volker, yo...
- Sabes que detesto la debilidad, y también el Führer, jamás aprobaría que tuviese una mujer enferma, loca, triste, eso no es digno de una esposa alemana, y causa desprestigio a mi rango, así que cuidado con lo que haces.
- Por Dios, quieres controlar hasta mi estado de ánimo.
- Una esposa alemana nunca cuestiona lo que su esposo dice.
- Supongo que no, dijo ella francamente fastidiada de todas las estupideces de aquel hombre.
- Hablé con alguien y me ha contado de un buen doctor que puede ayudarnos con este problema.
- ¿Un buen doctor?
- Sí, un psiquiatra, muy discreto, así no correremos peligro.
- Y cómo se llama.
- Ackermann, eh no recuerdo su nombre.
- Bien como digas, lo dijo con una satisfacción interna, por fin se estaba acercando a su objetivo.
- Quiero que te comportes de una forma discreta y elegante en la fiesta, que tu belleza hable por sí sola, y así seremos el centro de todo ese evento, dijo con una sonrisa vibrante.

Para Volker la única estrella de la relación era él, siempre debía ser él, y ella lo había estudiado durante años, si fuese una mujer más extrovertida jamás se habría casado con ella. En el fondo le gustaba la sumisión y que se hiciera todo el tiempo lo que él quería. Sus órdenes debían ser ejecutadas de forma inmediata, tal como sucedía en su división de la SS, sus soldados debían

realizar lo que él dijese sin chistar, y esta cualidad anárquica era la que le había podido ayudar a ascender rápidamente en la escala de general de Hitler.

Estaba fastidiándose entre toda esa gente tonta y superficial cuando divisó al Doctor Ackermann entre la multitud. Al fin, luego de fingirse enferma y arriesgarse era ser enviada a una clínica psiquiátrica el general Volker había accedido a que la viese un médico de forma privada, para examinarla y curarla de todos sus males. Allí estaba, era el propio André Ackermann en persona, sólo que no se esperaba que fuese aún más guapo en persona, y al verlo sintió que ese efímero gusto que había experimentado en sus fotos ahora se acrecentaba al observarle de cuerpo presente.

Era un hombre encantador, un tanto tímido, su piel pálida era hermosa y contrastaba con su barba negra, tenía unos profundos ojos azules que destilaban ternura y masculinidad. Sabía que ella le llamaría la atención, pues precisamente la habían escogido porque se parecía a la fallecida esposa de Ackermann, Helga, su cabello rubio y ojos verdes eran muy similares, pero además ella tenía un aspecto tierno y que generaría compasión en ese hombre, cuyos buenos valores familiares siempre lo impulsaban a ayudar a los más necesitados, y más aún a una dama en peligro.

Así como estaba estudiado a Ackermann se le fueron los ojos al verla, sabía que le había gustado, era evidente, cada vez que volteaba Ackermann la estaba observando. Pero era necesario probarlo antes, así que en esa misma velada fue interceptado por la espía también inglesa cuyo nombre clave era Mae, pero su nombre real era Ericka Fitzpatrick alias Alison Fitzherber, experta en seducir a los oficiales, era lo que se llamaba un gorrión, mujer experta en las artes del sexo y la seducción que usaba sus encantados para sacarles información privilegiada a hombres importantes, y luego enviarla al Reino Unido.

El pobre Ackermann no sabía en lo que se estaba metiendo, pero en ese momento para Lucinda sus sentimientos no eran importantes, sino lograr el objetivo, probarlo y lograr introducirlo como un aliado del gobierno inglés para sacar a los presos políticos de ascendencia inglesa que estaban presos en ese manicomio y también en un Hospital de Brandemburgo donde los esperaba una

muerte segura. Sin embargo, le molestó cuando lo vio marcharse con Ericka, pero en ese instante supo que era bastante probable lograr lo que se había propuesto años atrás cuando aceptó ese trabajo para el MI6.

- De dónde conoces al doctor Ackermann, le preguntó a Volker.
- No lo conozco, el granuja de Klint me lo ha presentado, y dicen que es muy bueno y discreto para esos asuntos, digamos de salud.
- Mmm, bien.
- Acordé con él que irás a su consulta todos los jueves.
- ¿A su consulta?
- Bueno, obvio, a nuestro departamento en el centro, claro no queremos que sea evidente tu trastorno, así que lo haremos de esa forma, iremos hasta allá como una reunión cualquiera, asuntos de trabajo, después de todo ese estúpido de Ackermann trabaja en una clínica de mi... división.
- Bien, dijo ella sabiendo que Volker no le daría mayores detalles, pues estaba prohibido que los soldados hablaran con nadie de esos peligrosos asuntos de estado.
- Así que pasado mañana iremos y esperemos que con eso te pongas mejor, porque últimamente has estado insoportable.
- Lo siento.
- No puedo darme el lujo de tener una mujer enferma, te necesito fuerte, además debemos tener hijos, ningún oficial de la SS que se precie puede estar sin ellos, ya ves lo que dice el Fuhrer, es nuestro deber llenar el pueblo Alemán con hijos sanos y fuertes que sean el orgullo de la raza aria.
- Entiendo, dijo Lucinda, más pensando que le quedaba poco tiempo para lograr su misión que en la raza aria, pues no estaba dispuesta a tener ningún hijo con ese engendro del demonio.
- Ahora, dijo encarándosele, cumple con tu deber de esposa.

- Volker.

- No quiero excusas, necesitamos tener hijos.

Ella sabía que Volker no disfrutaba plenamente de tener relaciones con mujeres, ya que su preferencia eran los chicos jóvenes, pero no tenía ninguna otra opción, así que dejó que el molesto gigante le quitara de un solo zarpazo el vestido y este cayó al piso. Así le quitó la ropa interior, los ligeros, y entonces la colocó sobre él tomándola con fuerza como lo haría un animal salvaje. Pensó en otra cosa mientras aquella mole la embestía con fuerza, él gemía de placer y se retorció cobrando un tono rojizo en su cara azulenca.

- Oh rayos, se siente tan bien.

- Sí, efectivamente dijo sin mucho entusiasmo.

- Esto amerita fumar un buen puro, esperemos que hagas tu trabajo.

- A qué te refieres.

- A que salgas embarazada.

- Veremos.

- Veremos no, debes salir embarazada, necesito un hijo, el Reichsführer Himmler me ha preguntado cuándo vamos a tener hijos, ya no sé qué decirle.

- Por qué se meten en eso.

- Dorota tener hijos no es un asunto personal, es algo de Estado, y un buen soldado alemán debe tener hijos por el bien de su nación, es una muestra de orgullo patriótico.

- Entiendo, dijo se volteó dándole la espalda para no seguir viendo a ese desagradable hombre que no hacía más que repetir como una marioneta todo lo que esos oficiales le metían en su estrecha mente.

Ese jueves se sentía muy nerviosa, al fin podría hablar con Ackermann, se había imaginado como sería y cuál sería su voz, estaba muy entusiasmada por conocerlo. Llegaron al departamento y al subir un oficial de la SS los estaba esperando en la puerta. Era uno de los escoltas de Volker, este permaneció en la puerta y luego entró con ellos, dentro estaba el doctor Ackermann cuya

expresión cambió completamente al verla.

- Buenas tardes doctor Ackemann.
- Buenas tardes general Furtwangler.
- Le presento a mi esposa Dorota Furtwangler.
- Cómo está Frau Furtwangler.
- Cómo está doctor, dijo ella sin mirarlo directamente a los ojos.
- Bien doctor, podemos comenzar.
- Necesito que la paciente pase sola conmigo.
- No use esos términos doctor.
- Bien, necesito que Frau Furtwangler pase conmigo a solas.
- No estoy muy de acuerdo con eso.
- General, es la manera como se deben realizar estas...eh.
- ¿Reuniones?
- Sí señor.
- Bien, entonces adelante, yo estaré esperando aquí, pero luego usted y yo nos reuniremos en privado.
- Cómo usted diga general.
- Ve con el doctor Dorota, yo te espero aquí.
- Bien, dijo ella dejándose conducir por el doctor hacia dentro de una oficina.

El doctor Ackermann cerró la puerta y al mirarla contra la luz reverberante de la ventana sintió que estaba viendo un hermoso ángel, su rostro era francamente renacentista, digno de aparecer en cualquiera de los cuadros de Boticelli, era perfecto, triangular y por supuesto muy nórdico. Casi sentía sus ojos salirse de las órbitas, era de una belleza serena y pura, un personaje salido de un libro de mitología.

- Por favor, Frau Furtwangler, siéntese aquí, le dijo mostrándole un diván que estaba del otro lado del mueble donde el doctor se sentó.

- Doctor, esto es muy raro para mí, dijo ella fascinada por ese hombre, tenía los ojos más hermosos que había visto en toda su vida.
- Entiendo, es normal que se sienta así al principio, luego verá que las cosas se van haciendo más familiares.

Luego de la primera sesión comprobó lo dulce y comprensivo que era él, pero además también parecía un hombre firme con fuertes criterios. Aunque sabía perfectamente que le gustaba mucho, mantenía su postura ética incólume, estuvo todo el tiempo en su papel de terapeuta, mientras ella también trataba de estar en el suyo, aunque en realidad lo único que deseaba era comérselo a besos.

Sabía perfectamente que eso representaba un problema para la misión, por ningún motivo debía relacionarse íntimamente con nadie que estuviese en la misma, porque eso comprometía seriamente los objetivos establecidos, y representaba incluso ser removida o sancionada por el MI6. Así que nunca dejó de estar concentrada y de contar toda la historia que ya se sabía de memoria.

Ella debía ser la pobre esposa sufrida, a quien ese hombre maltrataba psicológicamente, incluso los arañazos y cortes que se había hecho le servían para que el doctor pensara que el propio Volker era el responsable. Cuando éste le preguntó sonó evasiva, como cualquier mujer maltratada, debía inspirarle el máximo de compasión para poder interesarlo, ya que sabía perfectamente que este sentimiento era el mayor incentivo para André Ackermann. Debía lograr que él se enamorara, y luego, cuando ya no pudiese más reclutarlo para las fuerzas inglesas. Lucinda nunca había fallado en una misión y esta no sería la excepción, solamente que no contaba con que ella misma también se estaba enamorando de él, al ver su forma de ser y el corazón que habitaba en ese bello cuerpo.

Pasó el tiempo y ella necesitaba concertar una cita en algún lugar donde pudiera finalmente contactar con Ackermann de una manera íntima. Sabía que él conocía de un lugar especial para personas que deseaban descansar del mórbido ambiente berlinés, así que dejó caer unas cuantas

palabras en su última sesión, para dar a entender lo mucho que ella necesitaba descansar y alejarse de todo.

Efectivamente, Ackermann le mencionó de un lugar a las afueras de Berlín, una hacienda regentada por una mujer de nombre Frau Héller, quien era conocida del doctor, una anciana a quien ya la memoria le comenzaba a fallar, pero que seguía siendo tan activa como cuando tenía 16 años.

- Bien doctor, me gustaría, pero tiene que preguntarle al general, y él dará su última palabra.

- Muy bien Frau, yo me encargaré, no se preocupe, ya verá como eso le sentará mejor.

Ahora para terminar de convencer a Ackermann debía jugar la ficha que le faltaba, el acto sexual, el doctor hacía mucho tiempo que no tenía una pareja estable, nunca se había visto con otras mujeres desde la muerte de su esposa, y Lucinda sabía perfectamente cómo volver a un hombre loco en la cama, y más si le gustaba como André, definitivamente él no vería el tren que lo iba atropellar. Sencillamente, el doctor Ackermann no tenía oportunidad ante la belleza imponente y la fuerte sexualidad de Lucinda Washl.

Ese día cuando llegó a la hacienda, se sintió bien de estar al fin sola, pero luego de un tiempo se estaba fastidiando, fingiendo ser la mujer solitaria y tonta que no hablaba nada interesante, ni hacía nada divertido. Entonces tomó una vieja escopeta de caza que aguardaba la señora Héller de su fallecido marido, la cual ante la actitud resuelta de la mujer se asustó y le entregó el arma un poco extrañada.

- Pero Frau Furtwangler ¿usted sabe tirar un arma? Eso es muy peligroso.

- No se preocupe Frau Héller, soy una mujer de campo, crecí con mi familia en las afueras de Magdeburgo, se cómo disparar una escopeta y cómo cazar.

- Oh cielos, yo pensé que usted era berlinesa, una mujer citadina.

- Lo soy, pero también me críe en el campo, así que no se preocupe.

- Pero el bosque está nevado Frau, si el general se entera de esto me puedo meter en un gran

problema.

- Y es por eso que no le diremos nada ¿verdad?

- Así será Frau, de mi parte el general no sabrá nada, pero por favor tenga cuidado, me deja con el alma en un vilo.

- No se preocupe Frau Héller, yo estaré muy bien, y además le traeré algunas presas para cocinar.

- ¿Caza también?

- Por supuesto, ya le dije que soy una mujer de campo, cuándo ha visto usted a una que no sepa cómo cazar una buena presa.

- Pues ninguna.

- Entonces no se preocupe, le aseguré que estaré aquí sana y salva para el almuerzo y usted tendrá que preparar unos buenas liebres para la cena.

- Bien Frau cómo usted diga.

El soldado insistió en acompañarla pero ella le dijo que no, y se mostró autoritaria, como lo haría el general en sus mejores momentos, y aunque asustado el hombre tuvo que claudicar ante el empeño de Lucinda. Ella se sintió al fin libre cuando tomó la escopeta y salió de la casa, se dirigió hacia el bosque, no tenía el más mínimo temor, había completado infinidad de misiones en lugares inhóspitos como ese, y era una superviviente nata en situaciones de riesgo. Sabía que hacer en caso que se presentara cualquier eventualidad mejor que cualquier soldado nazi, después de todo ella también era militar antes de ser asimilada como espía por el MI6.

Ese día había buen clima, los débiles rayos solares se colaban entre las rendijas que dejaban los grandes árboles de pino, avanzó entre el bosque con paso seguro y decidido, se sentó un rato en una enorme piedra, cerró los ojos y respiró el gélido pero delicioso aire, que significaba para ella unas horas de total libertad. Aunque no se confiaba completamente, ya que el soldado bien podría haberla seguido, así que trataba de mantenerse en su papel, pese a estar completamente sola.



Entonces sintió el ruido, se apercibió y ahí estaba, era una gran liebre, la miró con detenimiento, apuntó y disparó, entonces fue a recoger la presa. En otro momento lo habría hecho de forma automática, pero ahora sintió una leve compasión por el animal. ¿Qué le estaba pasando? Acaso sería el doctor Ackermann quien estaba operando cambios en ella. Se sentía un tanto estúpida, debía mantener esos sentimientos separados de todo lo que estaba haciendo ya que eso podría perjudicarla gravemente.

Pero no sabía qué tenía ese hombre que la hacía sentirse incluso plena, feliz, le genera una especie de electricidad en el cuerpo, incluso había soñado que hacían el amor. Nada bueno, pues eso la estaba dispersando, así como la compasión ante ese animal. ¿Ackermann o ella terminarían así? En un segundo se movía ágilmente por el bosque y ahora yacía inerte ante sus manos. La vida podría ser muy cruel, y ella lo sabía perfectamente al leer los informes de todas las vejaciones infringidas por los nazis, incluyendo los viles asesinatos cometidos contra los judíos. Ellos sencillamente no tenía oportunidad ante la maquinaria opresora e inmisericorde del nazismo.

En su mente imaginaba ejecutar con sus propias manos al maldito criminal de Volker, y también a Hitler, deseaba hacerlo personalmente, aunque sabía que con Hitler era difícil con Volker era mucho más fácil de lograr. Era una fantasía recurrente, pero lamentablemente esa no era su misión, no le servía muerto, pues debía sacarle toda la información que pudiera y para eso lo necesitaba con vida. El muy desgraciado por ahora tenía suerte, sino ya sería historia.

Lucinda no era una espía de envenenamientos como Felice Schragenheim, quien era experta en envenenar soldados nazis. Ella la conocía, se habían entrenado juntas, pero ella había tomado otro camino, Lucinda era una espía de inteligencia y su misión era obtener información importante para exponer las acciones del gobierno nazi. Pero le gustaba imaginarse que si hubiese sido así también sería la mejor.

Volvió a concientizar donde estaba, miró a su alrededor, por un segundo deseó estar otra vez en la campaña inglesa, recordó los veranos en casa de la abuela, cómo deseaba volver a esos

momentos de tranquilidad y ser una mujer normal. Se puso a fantasear si hubiese conocido a Ackermann en Inglaterra, habría estado libre para mostrarse como era realmente y vivir un romance con él. Pero en estas condiciones era difícil, así que sacudió la cabeza tratando de volver a la realidad y comportarse como lo que era.

Sintió el ruido tan conocido, fue tras la presa, y entonces disparó esta vez sin misericordia, al cabo de dos horas había cazado cuatro liebres, se las cargó al hombro y se sentó cerca de un barranco, el paisaje era increíble, el bosque se extendía por kilómetros, el nevado paisaje era etéreo, casi mágico, digno de algún cuento nórdico. Le provocaba irse por ese sendero y no mirar atrás, olvidarse de todo y nunca más verle la cara al despótico Volker. Pero bien sabía que eso era imposible, así que cerró los ojos una vez más.

- Sólo por un poco más de tiempo Lucinda, sólo por un poco más de tiempo, se repitió varias veces.

Su único incentivo era que al día siguiente vería a Ackermann y con toda seguridad estaba decidida a estar con él. Por fin, hacer el amor con un hombre que le gustara realmente, mostrarse como era y sentirse mujer después de tanto tiempo. Se preguntaba cómo sería Ackermann en la cama, si sería buen amante, y eso le creaba cierta expectativa. Se reía pensando que el estúpido Volker era traicionado y casi en sus propias narices. Ese idiota debía tener su merecido, aunque nunca se enterara.

Entonces se levantó y emprendió el regreso a la casa, miró alrededor y comprobó que el soldado no la había seguido, seguramente la vigilaba a distancia pero no se atrevía a acercarse por temor a represalias, la esposa de un general tenía poder, aunque no directamente pero una orden suya podría ponerlo en peligro. Comprobó que seguía donde le había dejado, ella avanzó y de repente comenzó a nevar suavemente, cuando entró en la cocina Frau Héller estaba realmente sorprendida al igual que la cocinera.

- Buenas días, Frau Furtwangler.

- Buenos días, le dijo.
- Buenos días, la saludó nuevamente Frau Héller, fingiendo como si no supiera claramente que ella había salido a cazar.
- Buenos días, le respondió ella aguantando la risa al ver a la anciana en tal aprieto.
- El doctor...está aquí eh.
- ¿Ackermann?
- Sí, Ackermann, llegó hace rato.
- Bien, dijo ella sintiéndose emocionada, y disimulando para evitar cualquier sospecha entre las mujeres.

Se dirigió a su habitación de donde decidió no salir para no toparse con Ackermann, bien sabía que si lo veía antes de la cita no podría ocultarle lo mucho que le emocionaba verlo, deseaba tomarlo y tirarlo en algún rincón para hacerle todas esas cosas que había aprendido con su antiguo novio Richard Brown. Ella quería aprovecharse de la situación para obtener un beneficio personal, después de todo lo que había pasado pensaba que se lo merecía, ya que soportar a Volker en la cama era la cosa más desagradable del mundo. Se le hacía francamente asqueroso, ese hombre era totalmente egoísta y vil.

A las 3 pm le pidió a una de las criadas que le preparara un baño caliente, cosa no muy común por la zona, ella amaba el hedonismo y se metió en la deliciosa bañera a su gusto y estuvo hasta que se le arrugaron los dedos de las manos. Quería estar divina para Ackermann, que éste se quedara obnubilado con su presencia y el delicioso aroma de su piel. Lo seduciría en todas las formas posibles que una mujer podría hacerlo con ese hombre especial, un caballero como él no se veía todos los días.

Pidió que le llevaran la cena a su cuarto, así que Ackermann se quedó con las ganas de verla, y eso también la ayudaba, crearle una expectativa, que cuando la viera estuviese tan ansioso como para no pensar en más nada que tenerla. Así ella lo mantendría en vilo hasta el final cuando por fin éste tendría que entregarse rendido como la liebre ante la imposibilidad de defenderse.

Sabía perfectamente que Ackermann estaba en uno de los cuartos cercanos y que estaría pensándola tanto como ella a él, de hecho en un momento de la noche deseó echar todo por tierra y entrar en su cuarto colocarse sobre él y hacerle el amor hasta cansarse. Pero bien sabía que eso era imposible, porque dañaría todos los propósitos de la misión, eso era lo último que quería, el objetivo estaba por encima de todo, incluso de sí misma, estaba dispuesta hasta dar la vida. La salvación del mundo y de las personas inocentes valía más que sus propios sentimientos.

Ese día jueves ella estaba más emocionada de lo que hubiese pensado, cuando se miró al espejo y pintó sus hermosos labios casi temblaba, pronto estaría con Ackermann, sólo que a diferencia de él ella sabía exactamente lo que pasaría. Tuvo que sostenerse el codo con la otra mano para poder pintarse correctamente los labios, ya que la mano le temblaba de la emoción.

Entró en la oficina a las 5 pm, puntual, se sentó y miró el reloj viendo con extrañeza que Ackermann estaba retardado, aunque generalmente era muy puntual y lo había mandando a buscar con Frau Héller. Al cabo de 5 minutos escuchó el sonido en la puerta, entonces su corazón rebotó con fuerza dentro del pecho, se dio cuenta que se estaba enamorando de André Ackermann, entonces sintió miedo. Había buscado a Ackermann y lo había conseguido, pero no sospechó que él se convertiría en alguien tan importante para su vida.

## Capítulo V. Me llamo Lucinda Washl

Cuando lo vio supo que su destino estaba sellado, estaba enamorada de ese hombre, André Ackermann era irresistible, hermoso, espigado, en sus labios se notaba la tensión nerviosa que le generaba su presencia, sus ojos brillaban más de lo normal, era como si tuviese una ilusión en su mente. Ackermann había pasado toda la noche pensando en ella, deseando que llegara ese momento. Pero ella necesitaba concentrarse en lo que había que hacer, ahora era el instante perfecto para dar la embestida final.

- Le conté que he empezado a fantasear con otro hombre que no es mi esposo, le dijo sondeándolo para ver su reacción.
- Sí, lo recuerdo, le contestó con parquedad, y su rostro se veía muy tenso.
- ¿Le escandaliza?
- No, recuerde que soy médico, mi trabajo es escuchar lo que usted me diga, y no juzgarla.
- Sabe que haría Volker si se enterara de esto, su intención era acorralarlo hasta el final.
- Algo malo, supongo.
- Y tal vez piense que es por celos o peor aún por amor. Le dijo tratando de sondearlo.
- ¿No cree que su esposo la ame? Dijo poniendo un gesto ansioso.
- Amarme, claro que no, ese desgraciado no sabe lo que es amar, creo que el único afecto que tiene es ese perro que tiene en su casa, y eso porque el Führer en persona se lo regaló, sino, no sé qué sería de ese pobre animal. Bueno eso, y cierto oficial jajajaaja muy amigo suyo.
- Eh, bien, entonces de acuerdo a usted si hiciera algo malo, cuál sería la causa.
- Obviamente orgullo doctor, es el único motor que mueve a personas como el general.
- Bien.

Ella observó su rostro y lo vio un poco inquieto, ese rostro era impenetrable, pero parecía algo

incómodo con lo que ella le estaba contando.

- Y a usted qué lo mueve doctor. Le dijo con voz insinuante.
- ¿Perdón? Le dijo asombrado de su pregunta.
- Qué lo mueve, la ciencia, las teorías humanistas, el perdón, la belleza, la culpa...o...el amor quizá.
- Usted ¿juega?
- Jugar, depende, hay buenos juegos y juegos malos doctor, al jugar debe asegurarse que sabe hacerlo, sino puede salir muy mal. Le increpó enarcando sensualmente la ceja derecha.
- Habla usted como una jugadora experta, Frau Dorota.
- Y usted habla como alguien que sabe más de lo que dice, qué le ofreció mi esposo, y qué información le suministra. Le respondió fingiendo estar molesta.
- Sólo lo que es profesional decirle, tenga por seguro que nada de esto sabrá.
- Jajajajajaa, bien doctor, bien, entonces nada de lo que diga o haga aquí lo sabrá mi esposo.
- Así es Frau Dorota.
- Entonces llámame Dorota, le dijo acercándosele de pronto.

Ese era el momento para su jugada, ahora tenía la presa a la vista y no pensaba darle la oportunidad de escapar, ese sería el instante para darle el tiro de gracia. Así que se acercó e hizo su jugada final.

- Frau Furtwangler, dijo tratando de retroceder, qué hace. Parecía realmente asombrado.
- Crees que no me he dado cuenta la manera como me miras, se nota a leguas y no sabes fingir. Te has salvado porque el general es un completo timorato y se ve mucho más listo de lo que es realmente.
- Frau...yo, dijo tratando de zafarse mientras la mujer lo tomaba por el cuello de la camisa.

En ese momento el doctor Ackermann sintió una corriente eléctrica recorriéndolo y bajando por sus piernas y directamente hacia su zona íntima, indicándole que necesitaba el placer que por

tantos años se había negado a sentir, pero ahora deseaba con todo su ser.

- Dorota, no es así como has deseado decirme André ¿o prefieres que te diga Doctor? Ah André, es así como te gusta jugar, es así como quieres que juguemos. Entonces se abalanzó sobre él y lo besó con pasión en los labios.

Rozó sus labios delicadamente y luego con más intensidad, y después introdujo su lengua para jugar dentro de su boca, André se estremeció todo instantáneamente, comenzó a sentir la sensación de excitación.

- Frau, yo... no...

- No digas nada, solamente déjate llevar por esos sentimientos que sé tienes por mí desde hace tanto tiempo. Desde aquella noche en que nos cruzamos en aquella reunión, vamos, déjate llevar, le dijo, y su mano bajó hasta su entrepierna y comenzó a acariciarla sabiamente, justo como él había soñado que alguien lo hiciera toda su respetable vida.

- Ohhh, gimió él, dejándose llevar por la pasión.

Luego de ese maravilloso momento Lucinda se sentía plena, por fin había liberado esa pasión que por tanto tiempo había reprimido, ahora que lo había seducido podía dar la estocada final y por fin conseguir el objetivo deseado. Su actitud asombraba al doctor Ackermann, y ella lo sabía, había descubierto que éste era mucho menos convencional de lo que había intuido, y era una parte de su pensamiento que había permanecido cubierta para el servicio de investigación.

- Después de lo que pasó puedes tutearme ¿no lo crees? Ya no soy la gran y sufrida señora Furtwangler- Holmberg, ahora soy una mujer aquí ante ti, que te hizo disfrutar como nunca, lo sé, creo que lo has disfrutado en grande, y créeme que yo también lo he hecho, eres un muy buen amante Ackermann, podría acostumbrarme a ti, muy pronto.

Lo dijo con sinceridad, porque lo pensaba, Ackermann la había dejado francamente impresionada, él era mucho más especial de lo que había intuido e investigado. Incluso con él había experimentado ternura, una mezcla de pasión y sensualidad, ternura e inocencia, una mezcla inesperada y explosiva. André Ackermann definitivamente era un hombre increíble en todo

sentido, y ella se sintió complacida tanto emocional como físicamente.

- La verdad no sé quién eres, obviamente no la “sufrida señora” pero tampoco sé quién eres, no sé quién eres, a ver.
- Jajajajaa, me gusta tu energía Ackermann, eres un hombre enérgico sin ser un machista invasivo y repugnante como Volker. Te necesito Ackermann, necesitamos a alguien como tú. Y además, hay algo especial en ti, no sé cómo explicártelo o sí, pero no puedo hacerlo ahora.
- Necesitan, de qué rayos me hablas. Le dijo él inquieto y nervioso.
- Jajajajaja Mae ¿recuerdas a Mae? La sexy pelirroja y hermosa Mae, con la cual te fuiste muy animado esa noche. Le dijo fingiendo que pensaba que él se había acostado con la detective Ericka Fitzpatrick.
- Sí, dijo tratando de unir los cabos sueltos, pero no me fui con ella en el sentido que quisiste darle, ni tampoco hicimos nada juntos, yo...Le dijo tratando de explicarle angustiado porque le interesaba que ella supiese la verdad.
- Tranquilo Ackermann, no tienes por qué darme explicaciones, no es necesario. Ayudaste a una persona muy importante, y has colaborado con muchas más, un nazista jamás haría algo como eso, nadie ayudaría a unos perros judíos ¿no es cierto? Le dijo con ironía. Se ha demostrado científicamente que son menos que escoria, y que ustedes los alemanes, dijo tomando otro cigarrillo y sentándose en el escritorio, los alemanes son la máxima supremacía de las razas, de todas las malditas razas del mundo jajajajajaja, oh sí los arios, y venga a usted a saber qué cosas más, los estúpidos atlantes, seres superiores que provienen de una región olvidada, vaya, qué manera de alimentarse el ego ¿no es cierto Ackermann? Terminó de decirle con un tono completamente sarcástico.
- Eso, eso han dicho. Le respondió él, más tratando de leer entre líneas las intenciones de ella y asombrado ante el cambio de personalidad que se había operado de un día para otro.
- Ackermann, no me digas que tú también crees en esas estupideces, no me decepciones por



favor. Se rio.

- Rayos no, pero ¿por qué dices ustedes? Como si tú también no fueses alemana, mírate no creo que haya alguien más aria que tú, eres el perfecto ejemplo de una hermosa rubia del este. Le dijo completamente convencido de que ella fuese germana pura y verdadera.
- Jajajajajaja Oh, Ackermann, Ackermann. Dijo complacida de que todavía Ackermann pensara que ella era alemana.
- ¿Qué? Por qué la risa, le dijo asombrado.
- Sabes, me alegra saber que hay personas distintas, que todos los alemanes no son iguales, que no todos odian a las personas o se mantienen indiferentes ante el sufrimiento, tú eres distinto André Ackermann, te he probado y eres diferente, sabes dónde queda esta calle, le dijo mostrando un mapa de Berlín que estaba en el escritorio.

Estaba a punto de involucrarlo en la misión, sentía el corazón latiendo con fuerza, ya casi lograba parte de su misión, se sentía emocionada.

- Sí, por supuesto, he transitado por allí muchas veces, le respondió él como la cosa más normal del mundo.
- Necesito que vayas aquí, entiendes, es muy importante, tienes que ir aquí y pregunta por Johann Koch, y él te explicará todo, todo lo que necesitas saber, o lo que quieres saber. Le dijo con vehemencia.
- No entiendo de qué trata todo esto, pensé que eras una persona que...

Ackermann estaba muy confundido, trataba en su mente de encontrar la solución, pero no terminaba de entender lo que sucedía, ni quien era esta persona que se mostraba como una mujer segura, intrépida y valiente.

- Te gusta salvar personas, las damiselas en peligro, toda tu vida Ackermann, ¿por eso te gustaba? ¿Por ser una mujer sufrida, una pobre esposa alemana? Sí, te gusta eso, una mujer tímida, una flor, alguien a quien enseñar, cuidar, jajajaja después de todo eres un hombre tradicional, chapado a la antigua, un caballero germano.

Pero contrario a lo que ella había pensado eso que descubría de él le gustaba, Ackermann era un caballero y eso era algo que inesperadamente le llamaba demasiado la atención, incluso la delicadeza de tratarla después de estar juntos, como le besó el hombro con ternura y pasión, la manera de acariciarle la espalda, recorriendo con delicadeza sus piernas. No había punto de comparación con la vil lujuria de Volker Furtwangler.

- No, me gustas mucho, y ...

- Y qué.

- Que te equivocas, en realidad me gustaste más... cuando vi que no era de esa forma, ayer cuando venías de la caza y noté que no eras la misma mujer, que esta Dorota era decidida y atrevida, fuerte, me gustaste más que antes. Le dijo con vehemencia y sus ojos brillaron deliciosamente al proclamar esas palabras.

Para ella fue impresionante descubrir que Ackermann parecía más encantador con la personalidad que mostraba ahora que con la actuación como Dorota Furtwangler. Este hecho la tomó desprevenida, ya que iba en contradicción con todo lo que había investigado y estudiado acerca de él.

- Bien, entonces me sorprendes, y por eso mismo me pareces más interesante de lo que creí.

Le dijo con sinceridad.

- Pensaste que era un tipo convencional y nada más.

- Algo así, le dijo mirándolo de lado, que te puedo decir es lo que pareces, jajajaa, disculpa, no quiere decir que eso sea malo cariño.

- Eres encantadora, sabes, le dijo admirado con su seguridad.

El corazón de Ackermann latía con fuerza, sentía su pecho henchido, estaba sorprendido de todos los maravillosos detalles que podía percibir en Dorota, cada gesto, la forma como se mordía los labios de una manera muy sensual, la manera como movía sus manos, el brillo sexy de sus ojos, esos pequeños hoyuelos que se le marcaban en las mejillas, el inquietante y exótico arco de cupido, sus hermosas uñas rojas en contraste con la marmórea piel. Esas pecas delicadas que

se dejaban entrever cerca de su nariz.

- Te diré lo que haremos de ahora en adelante, le dijo señalándolo con un gesto muy sexy.
- Dime. Le dijo él vivamente interesado, ella parecía salida de una película, una Rita Hayward.
- Bien, le dirás a mi esposo que estoy bien, y yo me portaré como si me hubiese curado.
- Es decir, que nunca estuviste enferma. Le contestó él francamente sorprendido.
- Jajajaja Ackermann, Ackermann, para ser un hombre de ciencia y que de paso que estudia la personalidad humana pareces muy despistado, y disculpa que lo diga de esa manera tan poco civilizada para los modismos alemanes que tanto parecen gustarte.
- Eres una mujer fascinante, le dijo completamente sorprendido, pero la psicología no es una ciencia exacta, los diagnósticos son variables, tanto como que se trabaja con personas, seres subjetivos Dorota. Así que me engañaste, estuviste fingiendo que estabas enferma.
- Cómo rayos se suponía que iba a contactar contigo si no me fingía así.
- Pero, pero te arriesgaste, si te hubiesen mandado a una clínica, te habrían matado, o... no quiero ni imaginarlo, no, dijo sobándose la cabeza.

Ella sonrió sexymente de medio lado, y volvió a fumar su cigarro con completa despreocupación, como si estuvieran hablando de la cosa más trivial del mundo. Pero en realidad se había arriesgado más de la cuenta, apoyándose en el perfil psicológico que había hecho de Volker, pero siempre había riesgos, las personas como bien lo dijo Akermann eran impredecibles, y siempre estaba el peligro de que hicieran cosas inesperadas y fuera de los cálculos establecidos.

- Estoy preparada para todo, Otis jamás lo iba a hacer, siempre voy un paso adelante. Le dijo para tranquilizarlo.
- Ya lo veo, pero... por qué estás tan segura, cómo lo sabes, cómo puedes saber qué harán las personas. Le seguía insistiendo preocupado.
- Simplemente conozco a los hombres como él, y sobre todo lo conozco a él, lo he estudiado por mucho tiempo.

- ¿Estudiado? Tú pareces conocer a todo el mundo, pero yo no tengo la menor idea de quién eres.

En esas palabras le entregaba muchas cosas, el tono de su voz era una especie de reproche, se sentía engañado, pero al mismo tiempo era un ruego, quería conocerla porque sus sentimientos le estaban rebasando, y su necesidad era más grande que la lógica y la razón. Su mente casi estaba colapsada, y a cada palabra suya se envolvía más en la confusión.

- Mientras menos sepas menos te arriesgas, créeme Ackermann hay cosas que es mejor no saber nunca en la vida.

- Como que me estoy enamorando de ti Dorota. Le dijo con apasionada voz.

- Ackermann te has enamorado de algo que está en tu mente, tal vez sea porque casualmente me parezco a tu esposa, quizá sea por eso, o porque creías que era una víctima de un hombre, esas ansias protectoras tuyas. Le contestó para sondearlo y terminar de sacarle sus verdaderos sentimientos y el origen de su afecto.

- Así que todo esto ha estado calculado. Le contestó un tanto decepcionado.

- No digas eso, me gustas, y mucho, pero por ahora concentrémonos en esto, no podemos hablar más, el tiempo corre, ve al lugar que te dije y allí se te dirá lo siguiente, sólo necesitas saber por ahora que te necesitamos para ayudar a varias personas, gente que está atrapada aquí, ante un conflicto inminente.

Le imprimió a estas últimas palabras un matiz tenebroso, no solamente porque fuese terrible lo que estaba pasando, sino para estimularlo a involucrarse por si todavía estuviese indeciso. Necesitaba que se involucrara a través de todos los medios posibles, aunque fuese a través de la manipulación, total el objetivo bien lo valía.

- Cuál conflicto.

- Se te dirá a su tiempo las cosas Ackermann, ten paciencia.

- ¿No te volveré a ver? Le dijo con un gesto de miedo en su rostro.

- Es difícil saberlo, pero te daré un recuerdo, entonces se devolvió y lo besó ardientemente.

Le imprimió el beso tanta fuerza que ella misma se sorprendió, verdaderamente que André había podido hacer lo que otros hombres no, llegar directamente a su corazón y arrebatárselo rápidamente, sin rudeza, ni imposiciones, solamente con su ternura, con esa ternura masculina que le llenaba cada poro de su piel y cada rincón del alma. Allí estaba él ante todo ese desastre que los estaba abarcando como un gran monstruo, pero sólo se preocupaba si la volvería a ver, eso la conmovió hasta lo más profundo de su ser.

- Es difícil no pensar en ti con todo esto, necesito volver a verte, puedo decir que necesitas consultas adicionales, que, es por control, seguramente se te ocurrirá alguna cosa creíble. Le dijo desesperado y su cara delataba un gesto de angustia.
- Las que sean necesarias para que Volker no sospeche, pero ya mi objetivo ha sido cubierto. Le dijo fingiendo indiferencia, pero en realidad estaba completamente conmovida, y lo único que deseaba era tomar a ese hombre y besarlo con completa pasión.
- Yo soy el objetivo, siempre lo he sido. Le respondió un tanto decepcionado, como tratando de convencerse que no era tan importante para ella como pensaba.
- Ciertamente.
- Y esa tal Mae, que tiene que ver en todo esto. La increpó.
- Ahora no puedo decírtelo.
- Todas las lesiones, te las hiciste para...
- De qué otra forma podría hacer creíble mi malestar, los golpes, para Otis era yo misma, y para ti sería probablemente él quien me pegara, sólo necesitaba eso, tú sacarías las elucubraciones.
- Es usted, Dorota, un artífice del engaño. Lo dijo como una declaración, pero más que todo estaba tratando de convencerse a sí mismo, que había sido completamente engañado.
- Y yo le recuerdo que usted es un hombre muy inteligente Ackermann, seguro su instinto le decía algo, sólo que estaba obnubilado con la vieja historia de la princesa y el ogro ¿no es así? Le dijo con una sonrisa.

Sabía efectivamente que hasta el hombre más brillante, y Ackermann lo era, perdía el juicio ante un par de buenas piernas, y que precisamente ella era un portento de belleza que lo había enceguecido y llevado por donde había querido, sin que él prácticamente se diera cuenta. En eso era como cualquier otro hombre, cuyos ojos lo traicionaban fácilmente. Pero lo que se negaba a admitir es que ella también había sido llevada por territorios desconocidos sin darse cuenta, y sin que el mismo Ackermann se lo propusiera, y ahora ambos estaban envueltos en la misma pasión irremediable.

- Ciertamente, señora, y ciertamente que me ha analizado muy bien. Le dijo un poco molesto.
- Tengo muy buen instinto.
- Lo suyo es más que instinto, de eso estoy seguro. Y parecía francamente un reproche.
- Bien por usted, mi querido y buen amante doctor Ackermann.
- Quiero saber quién eres realmente, le volvió a pedir.

Sus ojos le clamaban por la verdad y aunque ella sabía que no debía decirle nada ese hombre le hacía perder el control. Sus ojos eran tan bellos y terriblemente irresistibles, y la sensación cálida de su cuerpo completamente arrebatadora, sentirse deseada y amada por alguien así era algo completamente seductor y erótico. Sentía espasmos dentro de su cuerpo, pero debía controlarse, porque si se dejaba llevar lo único que haría sería hacer el amor con ese hermoso hombre.

- ¿Sabes qué me gustaría saber a mí? Quisiera detenerme acá y pedirte que me describas cómo te gusta hacer el amor, que sensaciones has experimentado... qué te agrada... qué te desagrada... cuáles son tus ritos y costumbres... cuéntame lo que deseas y hasta donde lo deseas. Le dijo seductora.
- Eres una mujer muy diferente a... a todo lo que pensé de ti.
- Jajajajajaaja, sabes, tu voz me envuelve, es tan dulce, nunca estuve con un hombre como tú, y eso me encanta, eres verdad, y eso es lo que necesitamos hoy en día, verdad, todo lo que ves a tu alrededor son puras mentiras, donde metas la cabeza hay basura, la peor basura que tú puedas imaginar. Y eso era un discurso que le salía del alma.

- Deja las adulaciones, y deja de darme vueltas, quién eres. Le exigió nuevamente.
- Se hizo difícil, muy difícil Ackerman, pero al fin estamos aquí tú y yo, cara a cara, esos estúpidos cortes, mis fingidos desmayos y desvaríos, y otras cosas más que no imaginas, pero al fin estás aquí ante mí, he leído tanto sobre ti, en innumerables ocasiones pensé que eras una mentira, que no eras más que otro de ese equipo de eugenesia, otro más como ese Dr. Heinrich Gross y Reich Bouhler y el Dr. Brandt en el Programa de Eugenesia, ellos, esos malditos y su “muerte misericordiosa” ¡por todos los cielos!
- ¿Y su madre Frau Petra Holmberg? ¿dónde está? Le increpó.
- Jajajajaja me imagino que muy bien, en algún lugar de Estados Unidos, tomando una buena copa de Oporto, el mejor vino para ella, es una mujer de campo que le puedo decir, no cambiaría eso por el mejor champán del mundo.

Lo dijo con sorna porque su madre no se llamaba de esa manera, ella era una norteamericana oriunda de Albany de nombre Anne Thomas, de quien su padre se había divorciado, ésta la había abandonado y su padre se encargó de criarla de la mejor manera posible enviándola a un internado para chicos ricos y que tuviese así la mejor educación posible. Su madre era una mujer rebelde y cuando su padre Lord Eric Washl se molestaba le decía que había sacado los genes yanquis de su madre, y que por eso era una incorregible.

- No entiendo, todo esto, cielos, me siento muy confundido. Declaró él y se llevó las manos a la cabeza.
- No es necesario entender Ackermann, sino actuar, estamos perdiendo tiempo, yo, tengo que retirarme, sino puedo ponerte en riesgo. Le dijo sintiéndose un poco preocupada.
- En riesgo, de qué. Y la miró molesto, estaba cansado de todas las vueltas que ella le daba al discurso sin llegar a ningún lado.
- De todo Ackermann, de todo lo que te puedas imaginar, y agregarle más aún si te falta creatividad.
- A su esposo le importa mucho ese certificado de salud mental.

- Sí, lo sé, y usted lo emitirá y mientras él está entretenido en sus “planes” yo lo estaré en los míos, le dijo rozándole ligeramente la entrepierna.

Se dio cuenta que Ackermann se estremeció de pies a cabeza, todos los poros de su cuerpo se erizaron y Lucinda lo comprobó sólo con una rápida mirada escrutadora. Eso le generó a ella misma placer, y deseó ser otra para que ambos se pudiesen entregar a esa pasión tan grande que estaban sintiendo. Él no era tan experimentado como ella, pero a cambio tenía muchas otras cosas que dar, cosas que ella jamás había sentido, que llenaban su corazón y cuerpo por entero.

- Yo sólo he sido una ficha en todo eso, es desalentador. Le dijo negando con la cabeza.

- Quieres que te diga algo que te sorprenderá.

- Dime.

- Nunca imaginé que al conocerte me gustarías tanto, ni que fuese precisamente el cerdo de Volker el que me permitiría estar cerca de ti, de alguien tan especial como tú André Ackermann.

Y ella misma se sorprendió de la vehemencia con que lo dijo, sintió que esas palabras le salieron de lo más profundo del alma y al decir las se arrepintió de haberlo hecho, pues los podía exponer a ambos. Se quedó mirándolo y él penetró con su mirada profundamente en su alma, así estuvieron en silencio por unos minutos.

- Como sé que lo que me dices no es más que otra de tus actuaciones.

- No tengo que probarte nada Ackermann, créelo si quieres, pero esa es mi verdad. Por qué crees que estamos aquí.

- Porque necesitabas de un ambiente neutral para poder informarme de “mi misión” o como quieras llamarle.

- Sí, en parte, pero... lo demás.

- Un incentivo para convencerme supongo. Le dijo tratando de convencerse que ella no lo amaba como decía.

- No necesitaba de eso para hacerlo, tú te mueves por la compasión André, no por la lujuria.



- Así que esa era la función de Mae.
- Jajajajaaj eres muy inteligente Ackermann.
- Di en el clavo, la tal Mae era parte del plan también, es increíble, me siento como un completo estúpido, me puse en peligro...
- Y no te importó con tal de ayudar a una persona necesitada.
- Y esa mujer estaba loca de verdad o también era mentira.
- Esa mujer no estaba loca, la quisieron volver loca que es diferente, es... es una presa política Ackermann, y no te diré más nada. Y se sorprendió de estar revelando información oficial que era de carácter totalmente confidencial.
- Dime quién eres.
- Ackermann, te dije que...
- Por favor.

Y la miró con un gesto de ruego que le produjo una sensación incontrolable en su corazón, Lucinda sintió que por lo menos le debía eso, que supiera su verdadero nombre y supiese a quien amaba, no a la mujer débil y enfermiza, la esposa de un psicópata alemán de pacotilla, sino a la fuerte y valiente mujer que arriesgaba su vida con tal de salvar a sus coterráneos y otros más que eran víctimas inocentes de un sistema monstruoso que quería absorberles a todos. Lo miró directamente a los ojos, lo pensó dos segundos y entonces se acercó. Ella caminó hasta él y en su oído pronunció un nombre para él desconocido:

- Lucinda Washl, ese es mi nombre.
- ¿Estadounidense? Le dijo realmente sorprendido.
- Inglesa.

Entonces vio como Ackermann se le quedó viendo como a una extraña, como si nunca la hubiese visto en toda su vida, ella estaba tan cerca que sintió la calidez de su cuerpo y su suave y tierno aroma natural ligado con un leve olor a agua de lavanda. Lucinda le dio entonces un beso apasionado, no podía prever cuando lo vería nuevamente, así que no podía pasar la ocasión. Él le

correspondió, entonces sin quererlo se separó y arregló su ropa. Avanzó hasta la puerta sintiendo un gran pesar interno.

Se volteó y lo miró sintiendo una gran melancolía, esperaba que algún día pudiesen encontrarse sin todo eso a su alrededor, aunque francamente sabía que era poco probable. Salió y se tuvo que agarrar de la pared, porque un gran dolor en su pecho la hizo casi caer al piso, no sabía cómo haría de ahora en adelante, necesitaba al doctor Ackermann como fuese, quería que él formara parte de su vida, sentía que sin él no podía estar.

Se quedó un rato parada sintiendo ganas de devolverse, abrazarlo y besarlo, decirle que ella también lo amaba, y que le diera una oportunidad, que la esperara, hasta que terminara con su misión y pudiese estar libre para él, para amarse libremente como una pareja normal. Pero entendía que no le podía hacer ese ofrecimiento, porque tal vez nunca sería una persona normal, y quizá no sobreviviría a todas las intrigas que se tejían a su alrededor, al malvado gobierno nazi, a la contrainteligencia alemana, a la SS y a su propio esposo el temible Völker Furtwangler.

Caminó lentamente hacia su habitación, y las piernas le temblaban, cuando llegó al cuarto se desplomó en la cama y lloró amargamente, era la primera vez que lo hacía desde que tenía 15 años y había terminado con su novio del colegio. Lucinda Washl buscaba un lugar para ser ella misma, un sitio donde se perdiera Dorota Furtwangler, y volviera a ser la misma chica alegre que jugaba con su abuela en los extensos campos esmeralda de Chipping Campden, tomando dientes de león y soplándolos deseando que un día se encontraría con el amor de su vida.

-

## **Recibe Una Novela Romántica Gratis**

Si quieres recibir una novela romántica gratis por nuestra cuenta, visita:

<http://www.librosnovelasromanticas.com/gratis>

Registra ahí tu correo electrónico y te la enviaremos cuanto antes

## Capítulo VI. Amor incondicional

Lucinda supo que Ackermann había asistido a la reunión por manos de un informante que estaba infiltrado como oficial de la SS. Se enteró que el propio Johan Koch le había contado a André los detalles de su misión. Este había aceptado, pero no sintió la satisfacción que pensó sentiría al lograr el objetivo de su misión, más bien comprobó con tristeza que estaba poniendo en franco peligro al hombre que amaba, y que si lo descubrían podría ser muerto instantáneamente por un oficial de la SS.

Ahora él sabía la verdad, que no era Dorota Furtwangler, que esa mujer no existía, sino Lucinda Washl, una hermosa inglesa, pero nada más. Por eso se alegró cuando su esposo le dijo que debía seguir con sus consultas con Ackermann como medida preventiva para supervisar que su mejoría siguiese evolucionando. Ella no se confiaba, habían ojos y oídos por todas partes, así que aunque estaba contenta se mostraba taciturna e indiferente ante las palabras de él. Porque tal vez él sólo la estaba probando para verificar si había algo más en juego.

Ese jueves estaba descontrolada, pero por fuera parecía como si todo le diera igual, llegaron al sitio y cuando lo vio su rostro era diferente, la expresión de ternura ya no estaba, no sabía que pasaba pero no parecía tan ilusionado como antes, algo había sucedido, algo que ella no sabía, pero esperaba que no fuese lo peor. Cuando entraron sus piernas temblaban del miedo y la emoción.

- Siéntese Frau Dorota, y cerró la puerta.

Ella se sentó y se quedó mirándolo, André se le quedó mirando con los brazos cruzados y cara de preocupación.

- Qué sucede.

- No pude salvarla.

- Cielos, dijo ella llevándose las manos a la cabeza.
- Hice todo lo que pude, pero me fue imposible.
- Dios, hasta cuando esto seguirá pasando, dijo agarrándose la cabeza con ambas manos, esa persona era muy importante.
- Estoy tal vez hablando más de lo debido.
- No te preocupes tengo un soldado infiltrado, aquí no hay nada que nos pueda perjudicar podemos hablar con tranquilidad.
- No sé ni cómo decirte.
- Aquí soy Lucinda, dime Lucinda, ese es mi nombre.
- Lucinda, quién eres, Lucinda Washl.
- André, dijo, y se le acercó, entonces le dio un tierno beso en los labios, he deseado tanto esto, poder besarte otra vez, oh André.
- Esto no está bien, eres mi paciente.
- Por Dios, André, no soy tu maldita paciente, no soy esa mujer, soy esta que ves, alguien completamente sana, una persona en total cabalidad, no necesito un psiquiatra.
- Cierto, la situación me confunde increíblemente.
- Lamento tanto haberte metido en todo esto, no sabes cómo lo siento, desearía que no fueses tú, sino otra persona, porque te estoy exponiendo, si te atrapan, no Dios, dijo no sé qué haría si eso te pasara.
- Vamos, tranquila, dijo acercándosele y tomándola de las manos, yo puedo decir lo mismo, no sé qué sería de mí si te pasara algo.
- No André, no es justo, eres un buen hombre, no mereces estar metido en todo esto, dijo y se le salieron las lágrimas.
- Vamos, amor, no te pongas así.

Ella se le quedó mirando, era la primera vez que él le decía de esa manera, y se oía hermoso en sus labios. Sólo que su situación era la peor que se pudiese imaginar para comenzar una historia de amor, y ahora las cosas se pondrían más difíciles. Ella sabía de una fuente precisa que Hitler

estaba a punto de invadir Polonia, y conocía muy bien cómo se desencadenaban las cosas, esto podría volverse rápidamente un grave conflicto internacional y ellos quedarían atrapados en medio de toda esa vorágine.

- Qué pasa, sabes algo, verdad, dímelo.
- No debo darte más información de la que debes saber André, entiéndeme es parte de mi trabajo.
- Por favor, necesito saber qué está pasando, es lo justo, además ya estoy metido en medio de todo esto, por favor.
- Yo... bueno, Hitler va a invadir Polonia.
- ¿Qué?
- Así como lo oyes, eso sólo significa algo.
- Quiere apoderarse de otros países.
- Y seguramente hará lo mismo con Francia, sabemos que es un objetivo sensible, Hitler quiere venganza por el Tratado de Versalles, se está preparando la campaña armamentista más grande que hayas visto en toda tu vida, esto va de mal en peor.
- Vete Dorota, perdón, Lucinda, vete de aquí, no quiero que te pase nada malo.
- No puedo hacer eso, debo estar cerca de Volker y saber qué va a hacer, cuáles son los dictámenes del Führer.
- Pero a costa de tu propia vida.
- A costa de lo que sea, el beneficio de la patria está por encima de lo individual André.
- No puedo entender eso.
- No lo entiendes porque no eres militar.
- ¿Y tú sí? Dijo sorprendido.
- Sí, lo soy.
- Por todos los cielos Lucinda, qué cosas no sé de ti, hasta cuando me enteraré de cosas acerca de ti, sabes lo terrible que es amar a alguien a quien no conoces en lo más mínimo.

- Lo sé André.
- No, no lo sabes, porque tú me conoces muy bien, no es cierto, eres una espía, una espía inglesa, para quién trabajas Lucinda y cuál es tu misión.
- No puedo decírtelo.
- Por qué.
- Es una información clasificada, no puedo decirte nada, me pongo en riesgo y te pongo en riesgo a ti.
- Ja, ya estamos en riesgo, estamos en medio de todo el peor maldito riesgo que me haya imaginado en toda mi maldita vida.
- Calla, no hables tan alto.
- Estoy cansado de todo esto.
- Todos lo estamos cariño, y entonces lo besó con pasión al mismo tiempo que comenzó con ternura a quitarle la camisa.

## Capítulo VII. El águila ha caído

El general tenía miedo de que los bombardeos hicieran estragos con los civiles incluyendo a su esposa, aunque no la amaba propiamente como la querría un hombre convencional, se sentía obligado por un instinto protector de macho alfa de asegurarse que esta estuviese completamente segura. Entonces resolvió mandarla al campo, y le pareció que la hacienda Schwarzwald, la cual había recomendado dos años atrás el doctor Ackermann, sería lo más conveniente. Además, era evidente que a su mujer le sentaba muy bien estar en el campo.

La mayoría de los oficiales estaban evacuando a sus familias hacia las zonas rurales como medida preventiva contra los ataques de los ingleses, poco sospechaba el general que tenía a su lado a una representante de su peor enemigo, los ingleses. Le mandó prepararse con su asistente personal la señorita Hanna Penz, quien estaba más que feliz de salir de ese lugar hacia zonas más seguras.

- Frau qué más colocó en su valija.
- Pon lo que quieras, le dijo, sólo asegúrate que estemos bien abrigadas, el invierno se acerca, así que tenemos que estar protegidas, no sabemos que vaya a pasar.
- Ay Frau no diga eso, me asusta mucho.
- Debemos ser realistas niña.
- Pero Frau, no cree usted que el Fuhrer vaya a ser vencido, el Fuhrer es el hombre más poderoso del mundo.
- Nadie es invencible Hanna, el Fuhrer puede ser un hombre muy sagaz, pero es solamente un hombre, y alguien que está en guerra siempre tiene el riesgo de morir o meterse en graves problemas.
- Oh Frau.



- Tranquila, le dijo dándole una palmadita en la espalda, no te asustes, allá estaremos a salvo, no te va pasar nada, tranquila.

Este viaje representaba para ella un placer agridulce, pese a que ese sitio era un lugar increíblemente agradable, la alejaba de su principal objetivo, porque Volker seguramente se mantendría en Berlín con los asuntos que ocupaban ahora su mente, había sido ascendido por el Führer a Oberstgruppenführer por todos sus logros en la guerra, y por mostrar una completa fidelidad a Hitler y al Tercer Reich. Era el mejor momento para obtener información, y de paso estaría lejos de André, eso era lo peor.

De repente alguien tocó la puerta, era Volker, estaba un poco agitado, y se veía algo desencajado, molesto. Miró a ambas mujeres con apremio.

- Bien, ¿ya estás lista?

- Sí.

- Vámonos, ya es hora, y le hizo señas a su edecán para que cargara las valijas de su esposa y de la chica.

- Qué pasa Volker, por qué estás así.

- No pasa nada, sólo camina hacia el auto.

- Pero...

- Pero nada, sin preguntas.

- Vamos camina, por todos los cielos.

- Espera, ya va, ya voy Volker, estás muy agitado.

- Calla mujer y camina rápido.

Ella se dio cuenta que algo estaba pasando, su informante estaba en lo cierto, Hitler estaba perdiendo en África y Rusia, lo cual era un terrible revés para las Potencias del Eje. Sintió un poco de paz en su corazón, pero al mismo tiempo estaba muy preocupada por el futuro de Ackermann, las cosas estaban empeorando, ahora el programa de eugenesia había cambiado y según le habían dicho estaban comenzando a trasladar personas a campos de exterminio, en cuanto

a los judíos le dieron el nombre de “La Solución Final”, se le paraban los pelos en punta de solo oír eso, esos malditos alemanes, deseaba con todas sus fuerzas que por fin los aliados llegaran a Alemania, pero que André no estuviese en peligro.

El camino se le hizo interminable, cuando al fin llegaron no se sintió tan animada como lo había creído, pese a los buenos recuerdos que tenía en su mente, pero no dejaba de pensar en lo que pasaría con André. Cada segundo venían a su mente imágenes terribles de todas las cosas malas que podrían hacerle, era una sensación angustiante.

- Te veo muy mal, le dijo Volker.
- Estoy bien, es sólo que esta guerra me pone nerviosa.
- El Führer es invencible.
- Volker, puede que el sí, pero nosotros no.
- Los alemanes somos una raza superior, somos...
- Oh Volker, por todos los cielos.
- No me cuestiones.
- No lo hago, pero veo tu cara y me parece que las cosas no van muy bien.
- Esas no son cosas que deban preocuparte, tu eres mi esposa no un maldito militar.
- Volker, eres mi esposo, fingió preocuparse por él, y me da miedo que te pase algo malo.
- Dorota no me pasará nada malo, estoy entrenado para lidiar con esas cosas, debes tranquilizarte.
- Y tú vas a volver a Berlín.
- Por supuesto, tengo responsabilidades con el Führer, él mismo me seleccionó personalmente para ese trabajo.
- Ya lo sé Volker.
- ¿Te imaginas? Podría llegar a ser como mi general Himmler, un Reichsführer-SS como él, cuando arrasemos toda esa...
- Qué.

- Olvídalo, podría llegar a ser ascendido.

- Pero Volker, estamos en plena guerra.

- Mejor, así podré tener más méritos, y ella vio que sus ojos brillaban al decirlo.

Se dio cuenta que él estaba fuera de sí, viviendo en un mundo de fantasía y de ambiciones de poder, el Führer le había lavado el cerebro a todos junto con su Ministro Joseph Goebbels, el cual era un maestro en el arte de la manipulación y el engaño. Lo vio, y si no fuese porque él era un monstruo asesino habría sentido lástima l.

- Volker, espero que las cosas sean como dices, mintió.

- Tú estás muy nerviosa, creo que lo mejor es traer al doctor Ackemann, le dijo e incluso extrañamente le acarició la cabeza.

- No, dijo contrariada, estoy bien.

No le convenía en lo más mínimo que Ackemann viniera, aunque lo deseaba con todo su corazón estaba contra la misión separarlo de su lugar de trabajo. Pero al mismo tiempo deseaba con todo su corazón que él viniese primero por su seguridad y segundo porque necesitaba urgentemente verlo, estaba más enamorada de él que nunca, y tenerlo cerca se le nublaba completamente el juicio.

- Lo voy a traer, no te veo bien Dorota, ahora necesito que estés lúcida.

- Pero Volker.

- Ni hablar, sabes que detesto que discutas mis órdenes.

- Volker, no puedes obligar al doctor cuando debe estar ocupado trabajando.

- El doctor Ackemann trabaja para mí, y hace lo que yo le diga, al igual que todos aquellos que están bajo mi mando, no admito discusiones, Dorota traeré al estúpido Ackemann y se acabó.

- Como digas dijo, sabiendo que era inútil discutir con Volker Furtwangler.

El sabor de verlo era agri dulce, las cosas podían complicarse para la misión y eso podía meterla en graves problemas. Además, estaba pasando algo también que la tenía nerviosa, estaba

embarazada, y era de Ackermann, pensaba qué curso debían tomar las cosas, así que aún no le había dicho nada a Volker. Las reiteradas consultas se habían convertido en un lugar para sus encuentros eróticos. Resultaba descabellado que con su esposo fuera de la oficina ella se atreviera a hacer el amor con André, pero era una necesidad aplastante, tanto como la sed, y esa pasión era más fuerte que la razón, la lógica y todo, incluyendo la misión misma.

Cuando lo vio llegar su corazón se aceleró, no sabía si decirle todavía, pero le alegraba que dentro de ella tuviese un hijo del maravilloso y buen hombre, y no de un monstruo como Volker. Se tocó instintivamente el vientre, y luego rápidamente quitó la mano, incluso vio con disimulo a su alrededor para comprobar que nadie la hubiese visto, se sentía casi neurótica pensando que todo el mundo la estaba espiando.

- Lucinda, ahora qué vamos a hacer.
- No lo sé, la verdad las cosas se están complicando más de lo que pensaba, pero la buena noticia es que Hitler está siendo derrotado en varios frentes, incluyendo Rusia y África.
- Dios mío, cuando ese hombre va a ser derrotado aquí, todos los días veo cosas atroces, ahora están trasladando a personas a no sé dónde, pero no son hospitales, sé que no es a hospitales porque fui a Branderburgo y también los estaban sacando de allí.
- Los van a llevar a Campos de Concentración al igual que...
- Al igual que, qué...
- Los judíos André, están siendo exterminados, es un hecho los espías franceses y Bulgaros lo han verificado, uno de sus espías fue llevado a un campo de concentración al Norte, dicen que es algo terrible, la cosa más inhumana que puedas imaginar, dicen que se te paran los pelos de punta al llegar a esas puertas, imagínate lo que sucede dentro.
- Dios mío, dijo con cara de terror y agarrándose la cabeza con ambas manos, me avergüenzo de ser alemán, Dios mío, en qué momento nos volvimos unos animales, en qué momento la gente dejó de importarle a los demás, cómo podemos comer y vivir todos los días así.

- Las personas no lo saben.
- Pero sí saben a todo lo que han sometido a esas pobres personas.
- Lo sé, es horrible, pero para eso tenían a la propaganda y el odio hacia los judíos, en fin, la historia de nunca acabar, la intolerancia, el miedo al otro, lo mismo de siempre, estos políticos se aprovechan de eso, y mira lo que hacen, sembrar división, odio, castas, cielos, es terrible.

En ese momento pensó decirle que estaba embarazada, pero lo reconsideró porque eso nublaría su juicio, tanto el de André como el suyo, y se pondrían en verdadero peligro. Era mejor esperar como se daban las cosas y así tomar una decisión con la mente fría, de forma inteligente y considerando las variables implicadas, como le habían enseñado en uno de sus tantos entrenamientos.

- En qué piensas.
- En que debemos aprovechar el tiempo en lugar de seguir hablando de la guerra.

Entonces se abrió la blusa para que él viera sus pechos, y se abalanzó sobre él. André colocó su cabeza ente ellos y sintió una sensación cálida y deliciosa.

- Hazme el amor, le dijo con fruición.

Él la tomó y colocó sobre el escritorio, le bajó las medias y los pantis y se bajó el pantalón, y entonces comenzaron a hacerlo, como muchas otras veces. Sólo que esta era distinta, ella sabía que tendría un bebé, y la sensación era completamente diferente. Además, por alguna razón sentía una melancolía, era un aura extraña y negativa. Al terminar se puso a llorar, él se extrañó porque no era la mujer sagaz y sexy a la que estaba acostumbrado.

- Qué te pasa Lucinda.
- No lo sé, me siento extraña, tengo como un presentimiento, como algo malo dentro de mí.
- No es necesario sentir presentimientos Lucinda para saber que algo muy malo va a suceder, estamos rodeados de cosas muy malas todos los días.
- Lo sé, pero esto es distinto.

- Qué ocurre.
- No sé.
- Lucinda, sabes algo que yo no ¿cierto?
- No puedo decirte, es información clasificada por ahora.
- Oh, por todos los cielos Lucinda.
- Calla ¿oye eso?
- ¿Qué es?
- Autos, y son varios, suenan como varios autos. Vístete rápido André, creo que es Volker, vamos, rápido.
- Lucinda qué pasa.
- Vístete, ya. Le dijo mientras ella se arreglaba la ropa y el cabello.

Se colocaron como si estuvieran en una sesión, cuando tocaron la puerta enérgicamente, André se asustó y la miró con cara de terror, nuevamente volvieron a golpear.

- Doctor Ackermann abre, era la voz de Volker y parecía muy molesto.
- Espere general ya voy, dijo André tratando que su voz pareciera de lo más normal.

Entonces se dirigió hacia la puerta y la abrió, se encontró con Volker y cinco soldados más, todos altos fuertes y mal encarados, todos con uniformes de la SS.

- Volker, dijo Lucinda, qué haces aquí, pensé que estabas en Berlín.
- Ya no, la sesión ha terminado doctor, tiene que acompañarme.
- A dónde general.
- Usted sígame y sin preguntas.

Lucinda lo miró por un segundo, sus ojos le dijo todo, le habían descubierto, y ahora lo llevarían a algún lugar para asesinarlo. Ella pensó en dos segundos lo que haría con él, y se dio cuenta que sin André su vida ya no tenía ningún sentido. Miró a Volker fingiendo no saber de qué se trataba todo.

- Bien doctor, entonces nos veremos el próximo jueves,

Parecía tan tranquila, pensó André, nadie notaría lo asustada que estaba, mientras tanto daba tiempo a su mente para pensar en lo mucho que deseaba seguir viviendo, con ella, el amor de su vida. Si moría, que era lo más seguro, se sentía complacido de hacerlo por haber ayudado a tantas personas, y además por haber conocido a Lucinda, la cual lo había sacado de una existencia miserable y vacía en la cual se hallaba luego de la muerte de Helga.

- Así será, si así lo dispone el general Furtwangler.

- Veremos, dijo con una sonrisa tenebrosa.

Entonces Ackermann se dejó escoltar por Völker, él estaba seguro que lo llevarían hacia los autos, pero en cambio el oficial le tomó por el brazo y lo llevó hacia el bosque. Entonces supo que su suerte estaba echada, le darían un tiro en la cabeza y luego lo enterrarían allí, dirían cualquier cosa, que se había confesado un espía ruso, que ponía en riesgo el orden del Reich, que había intentado matar a Dorota Furtwangler, cualquier mentira que justificara su desaparición. Además, nadie se atrevería a decir nada por temor a correr su misma suerte.

Cerró los ojos, respiró hondo, hizo una plegaria en silencio, y se dejó conducir por el sanguinario militar, se adentraron un buen trecho, entonces pararon. Esto es todo, se dijo, es el momento, dio gracias por haber salvado a tantas personas y encomendó su alma a Dios, como buen católico que era.

- Bien Ackermann, me has estado viendo la cara de idiota durante bastante tiempo, eh.

- De qué habla general, no entiendo.

- No entiendes, no entiendes, tal vez así puedas entenderlo, entonces le propinó un golpe que lo tiró al piso y le dejó los oídos zumbando.

- Tus diagnósticos no han sido muy acertados, creo que has perdido el norte, sobre todo cuando se trata de mis prisioneros de guerra, dime para quien trabajas, para los estadounidenses, la inteligencia francesa, el MI6, vamos, le dijo colocándole la bota sobre la cara.

- No sé de qué me habla general, yo sólo soy un psiquiatra, alguien que cura a las personas

enfermas, no sé de qué me habla.

- Maldito estúpido, le dijo al mismo tiempo que le propinaba una patada, rompiéndole la boca.

- No va a hablar Oberstgruppenführer.

- ¿Atraparon a Johan Koch?

- Sí señor.

- Ese maldito traidor, entonces él sí hablará, maten a este idiota, no es valioso para nosotros, es solo un estúpido, véanlo y se rio, casi se orina en los pantalones.

- Jajajajaajaja, rieron a coro los soldados.

Rayos, pensó Ackermann, este es el fin, así se siente morir, y por su cuerpo sintió una gran paz, después de todo era afortunado, un tiro en la cabeza era una buena manera de morir considerando las circunstancias. Eso era mejor que ser torturado en un campo de concentración, o ser gaseado como los miles de judíos de los cuales le había contado Lucinda.

Entonces se escuchó una detonación en medio del bosque que rompió el silencio, todos miraron alrededor pero no vieron nada. Otra detonación se oyó en dirección opuesta, todos los soldados se pusieron en alerta sacando sus armas y colocándose en posición de ataque. Ackermann sabía quién era, se la podía imaginar, en su mente la veía claramente, la mujer intrépida que trataba de salvarle exponiendo su vida ante seis militares expertos de la SS. Su valentía era inconcebible, se veía como un ángel entre la nieve, experta en tácticas de asalto, con sus armas acuestas; entonces sonrió, era el hombre más afortunado del mundo, él un simple médico, un hombre común y corriente, un mero intelectual, era el hombre más afortunado por tener a esa hermosa y guerrera mujer a su lado.

De pronto, uno de los hombres cayó desplomado, un tiro certero en la cabeza, y todos se pusieron a cubierto, era evidente que estaba siendo atacado, pero no sabían por dónde, quien, ni cómo.

- Debe ser ingleses, pero qué hacen aquí y cómo rayos llegaron, dijo.



- No seas idiota Haider, qué harían los ingleses aquí, para qué.
- No lo sé, señor, pero nos atacan, y en un segundo Haider también cayó muerto en el piso.
- Rayos, maldita sea qué es esto, gritó Volker.
- Señor, qué hacemos.
- Escondan la maldita cabeza, y toma el prisionero, es nuestra única opción.

Entonces vieron una figura que pasó velozmente por el lado derecho.

- Ahí va, miren allá hay algo.
- Disparen imbéciles, disparen.

El otro soldado cayó desplomado, uno a uno hasta que solo quedó Volker, el cual mantuvo la calma, frío como el hielo. Se arrastró y tomó a Ackermann que permanecía en el piso con el dolor y todavía con los oídos zumbando del fuerte golpe.

- Ven acá desgraciado y lo encañonó. Bien, dijo en voz alta para que pudieran oírle, ahora hablaremos, quienes estén allí, tengo un prisionero, gritó, si no quieren que lo mate, dejen de disparar.

No se oyó nada sino un terrorífico silencio, y luego de unos minutos una mujer que emergía del bosque, la figura emergió de la oscuridad efectivamente era Lucinda, como la había imaginado André, se veía impactante, bella y fuerte entre la nieve, llevaba la escopeta en la espalda, y otras dos pistolas más

Cuando Volker la vio, hizo un gesto de extrañeza, en cambio Ackermann no dejaba de sonreír, esa era la mujer de su vida, impactante, sexy y fuerte, no lo sorprendía, sabía de lo que ella era capaz, y esto era sólo una muestra de su intrepidez.

- Maldita sea Dorota, gritó Volker, que rayos haces aquí, nos están atacando, cúbrete mujer.

Ella avanzó segura ante la descuidada mirada de Volker, quien nunca imaginó que era verdaderamente la hermosa rubia que creía era su esposa. Entonces una detonación, seca y certera se escuchó, Volker se desplomó y trató de disparar pero su cuerpo no respondía, se dio cuenta con

terror que estaba paralizado del cuello para abajo. Lucinda se mantuvo en posición de ataque aunque el enemigo yacía en el piso. Llevaba un abrigo oscuro y su gesto era fiero y decidido.

- Maldita sea Dorota, qué rayos, qué...
- Cuando te disparan en esa zona del cuello quedas paralizado de allí hacia abajo, le dijo con gesto severo.
- ¿Qué?
- Pero eso lo debería saber un buen hombre de guerra como tú ¿no es cierto?
- De qué me hablas ¿qué? No entiendo nada desgraciada qué es esto.
- Volker Otis Furtwangler Weigel Oberstgruppenführer de la SS ha sido juzgado por crímenes de Guerra y ha sido encontrado culpable. Se le condena a morir, qué tiene que decir a su favor.
- Dorota, estas más loca de lo que pensé maldita sea, gritaba incrédulo todavía.
- Qué tiene que decir a su favor señor.
- Dorota qué, qué es esto, eres...eres...
- Capitán Lucinda Washl, agente del MI6, ahora se le condena a morir por crímenes de guerra, le dijo sin dejar de apuntarlo con el arma.
- Rayos alcanzó a decir Volker, maldita perra, eres una maldita perra. Le estuviste engañando todo el tiempo, rayos.
- Dónde están los prisioneros de la sección Aktion 4.
- Muere maldita perra.
- Dónde están los prisioneros, repito.
- Muérete.
- André, revisa sus bolsillos y toma el arma.

André hizo lo que ella le decía, pero no encontró nada de lo que ella buscaba, algún documento cifrado, un dispositivo con información.

- No soy tan estúpido para llevar eso a cuestas.

- Lo averiguaré como sea, tarde o temprano, contigo o sin ti Furtwangler.
- Pero entonces todos estarán muertos perra, jajajajajaja, Hi Hitler, dijo pero no pudo levantar la mano para hacer el saludo.
- Ahora muere maldito bastardo, le dijo apuntándolo, y entonces disparó el arma.

Él se quedó sorprendido, ella también era una máquina asesina, lo había matado así sin más, en su rostro no se veía ninguna expresión, fría como un tempango de hielo, lo miró y entonces volvió a recuperar su humanidad. Lo revisó para ver en qué estado se encontraba.

- André, debes escapar, ahora, van a venir más de ellos, cuando vean que Volker no regresa, debes irte, ve hacia el norte, siempre en ese sentido hacia la frontera, ¿entendiste? Llegarás aquí, tu contacto es Lord Wellington, él te ayudará a salir, su nombre clave es Ernst Von Waas, le dirás esto: “el águila fue interceptada, los prisioneros están desaparecidos”.
- Pero Lucinda, irás conmigo, ¿cierto?
- No puedo, te pondría en peligro.
- De qué rayos me hablas, no me iré sin ti, no te voy a dejar aquí a merced de esa gente, te harían cosas inimaginables.
- Mi misión no ha terminado, la tuya sí, ya te descubrieron, debes ponerte a cubierto, yo no, he fallado, ahora debo conseguir a los prisioneros y averiguar de qué trata el Proyecto L, entiendes.
- ¿Proyecto L?
- Lebensborg.
- Qué tiene que ver eso con todo esto, es un programa para cuidar niños ¿no?
- No, es reproducción “asistida” o al menos eso quieren hacer creer a los demás, pero en realidad es un programa de experimentación, los malditos experimentan con personas.
- Judíos, en los campos, pero...
- No son Judíos André, son alemanes.

- ¿Qué? No entiendo.
- Están buscando la fuente de la eterna juventud, como el Emperador chino, quieren lograr la inmortalidad.
- Por todos los santos, esa gente está loca.
- No lo están, por lo contrario lo están logrando.
- ¿Qué?
- Lograron revertir años de vejez en un anciano, tenemos pruebas, ahora quieren hacerlo con un niño, quieren hacer alemanes inmortales, que nunca envejecan.
- Dios, hasta donde llegarán esa gente.
- No lo sabemos, pero tenemos que detenerlos antes de que lo consigan, y es mi trabajo averiguarlo.
- Pero, entiendo todo eso, pero no te dejaré sola.
- Si te quedas nos arriesgas a los dos, si te vas llevarás esta información y salvarás a miles de personas, dijo sacándose un micro dispositivo del bolsillo, toma, le entregarás esto a Lord Wellington, él sabe perfectamente qué hacer.
- Lucinda ¿te volveré a ver?
- No lo sé, pero eso espero, espero que nos veamos, Ackermann yo...
- Si salimos de todo esto, dónde nos veríamos.
- Sé de un lugar perfecto.
- A dónde, sólo dime.
- Nos veremos en Chipping Campden, allí en la hacienda de mi abuela, en Green Cow.
- Que nombre tan extraño, le dijo sonriéndole.
- Sí, es un nombre verdaderamente raro, pero así era ella.
- Y así eres tú también.
- Toma, le dijo dándole el abrigo, lo vas a necesitar, también esto, agregó pasándole una caja con unas serie de instrumentos, con esto lograras sobrevivir, si sientes que no puedes refugiarte en un sitio entonces inyéctate esto.

- Qué es.

- Parte de un experimento Nazi, te ayuda a regular la temperatura, con esto no morirás congelado.

- Rayos.

- Anoté todo, no tenemos mucho tiempo, todo está explicado dentro de la caja, tienes que sobrevivir, miles de vidas dependen de eso.

- Amor, dame un beso, por favor.

Ella lo besó con pasión, y por un segundo pensó en decirle lo del bebé, pero si lo hacía él nunca querría irse y entonces miles de vidas correrían peligro por su culpa nuevamente. Ya había fallado demasiadas veces por exponerse a sus sentimientos, ahora no lo haría, debía dejar de ser egoísta y pensar como una profesional que era. Así que se calló, lo abrazó, miró sus intensos y hermosos ojos azules, e imaginó que su bebé se parecería a él, sería una niña o un niño hermoso como su padre, alguien que creyera en la libertad y la igualdad, y no un cerdo fascista como los nazis.

- Ahora enterremos a estos perros, eso nos dará tiempo.

## Capítulo VIII. El gorrión enjaulado

Cuando llegaron los oficiales ella estaba en su cuarto en el papel de la esposa preocupada por el paradero de su querido Volker.

- Venimos a buscar al Oberstgruppenführer, le dijo el oficial de la SS a Frau Héller.
- Él estuvo aquí, pero se marchó a pie, y hace bastante tiempo.
- Tenía que regresar en dos horas, lo mandan a buscar urgentemente.
- Oh, por todos los cielos, dijo la mujer, déjeme preguntarle a Frau Furtwangler.
- Llámela, necesitamos hablar con ella urgentemente.

Ella salió con su mejor cara de preocupación, y al verlos incluso pareció animarse, era una actriz consumada, sus emociones jamás la traicionarían, ni en la peor de las circunstancias.

- Frau Furtwangler.
- Klint, menos mal vino.
- Qué pasó, el auto del Oberstgruppenführer está afuera, pero no hay rastros de él, ni de los soldados.
- No lo sé, él salió con los soldados de aquí, pero no han llegado, supuse que estarían cazando.
- Eso es imposible Frau, dijo disimulando la molestia que le causaba el disparate que acababa de escuchar.
- Pero Klint, qué otra explicación puede tener todo esto.
- Iba con alguien más, preguntó serio.
- Sí, dijo Frau Héller.

Lucinda deseó matarla al oírla expresar eso que ella tanto quería callar hasta donde fuese posible, pero no demostró su contrariedad.

- Con quién.
- El doctor Ackermann, André Ackermann, señor.
- Y quién más.
- Más nadie.
- Bien y por dónde se fueron.
- No lo vi señor, dijo con sinceridad la mujer.
- Y usted señora.
- Yo tampoco lo vi Klint, me quedé dentro cuando ellos salieron.
- Bien, dijo él impaciente ante la imposibilidad de obtener una información congruente con esas mujeres timoratas, usted y usted se quedan aquí, los demás se vienen conmigo.

Buscaron durante horas, ya casi era de noche cuando al fin encontraron los cadáveres de los soldados y del propio Furtwangler, todos cada uno con un disparo certero en la cabeza, menos Vólker, el cual tenía dos. Era evidente que se trataba de un experto, todos los cadáveres estaban menos el de Ackermann, no había rastro de sangre, ni ninguna otra evidencia, pero era lógico que se necesitaba más de una persona para enterrar todos esos cadáveres. Además, Vólker tenía un tiro que sólo podido hacerse de cerca, por qué un hombre como él, que era un experto dejaría que alguien se le acercara tanto, al menos que lo conociera y fuese de su completa confianza.

Entonces se le ocurrió algo, Dorota, era tan impasible e inocente que nadie sospecharía nada de ella, se la pasaba largas horas siempre conversando con Ackermann, y se había encontrado que este era un espía encubierto de la inteligencia inglesa, por lo menos fueron dos personas las que hicieron todo eso, sin cadáver de Ackermann y con Dorota completamente sana, una herida noble en el general, una única persona que éste dejaría se le acercase tanto, alguien de quien no podría sospechar como para estar tan desprevenido, y un experto que sabía dar un tiro en el cuello para paralizar las funciones de movilidad.

- No hay armas señor.
- No, claro que no, dijo mirando a su alrededor.

- Bien, traigan los cadáveres, vamos de regreso.
- El pobre Oberstgruppenführer.
- No confíes nunca en las mujeres Becher, no lo hagas nunca, y menos de una hermosa rubia.
- Qué quiere decir Her.
- Sólo vamos Becher, tenemos una larga noche por delante.

Luego de varias horas la anciana yacía muerta en el piso, al igual que la joven Hanna, la cocinera y el ayudante del establo. Pero Lucinda permanecía impasible luego de ser torturada, para eso había sido entrenada, podía aguantar un interrogatorio sin quebrarse, soportar dolor, vejaciones, todo lo que se hubiera inventado en materia de torturas.

- Bien, esta mujer no dirá nada.
- ¿Qué hacemos? ¿La matamos?
- No, tengo una mejor idea.

Entonces la golpeó en la cabeza y no supo más de sí, cuando despertó no sabía dónde estaba, parecía un cuarto, era deslumbrantemente blanco, casi la enceguecía. En ese momento entró un hombre, inmaculadamente vestido y al ver que había despertado esbozó una sonrisa.

- Frau Furtwangler, un placer que esté ya con nosotros.
- A qué se refiere.
- Bienvenida a su nuevo hogar.
- Dónde rayos estoy.

El hombre no le respondió, pero enseguida salió y entró con otro que ella reconoció con terror en un instante, era el mismo déspota, lo había estudiado por mucho tiempo, y ahora lo tenía frente a frente, disimuló su turbación. El hombre se le quedó mirando y sonrió con gran entusiasmo.

- Es perfecta, un verdadero portento, muy hermosa.
- El bebé es hembra, dijo el otro.
- ¡Perfecto! Dijo relamiéndose con morbosos entusiasmos.

Entonces ella se miró el vientre con asombro porque había crecido, se dio cuenta que estuvo



meses en ese estado comatoso, no sabía que había pasado, si era natural por el golpe o tal vez inducido, pero lo cierto es que su vientre estaba grande, entonces sintió un sudor helado en la frente. El hombre se le quedó mirando, éste le habló.

- Tranquila cariño, no te asustes, mi gorrión, de ahora en adelante yo seré tu mejor amigo, y te cuidaré como no tienes idea.
- Quien es usted y qué hago aquí.
- No te preocupes por eso, ahora debes calmarte, eso no le hace bien a la bebé, su voz parecía amable, pero Lucinda sabía que ese tono neutral no era natural e incluso le provocó escalofríos.
- Bien, te colocaré esto y te sentirás más tranquila.
- No, no quiero nada, por favor.
- Vamos pequeña, tranquila.

Antes de perder el conocimiento su cerebro en un segundo unió los puntos vacíos, ese hombre, un experto genetista estaba interesado en ella y su hija. Se dio cuenta que había terminado en la misma boca del lobo, estaba dentro del Proyecto L, se habría alegrado porque ese era el objetivo final de la misión de no ser porque su propio bebé sería la víctima de tan horrendo destino.

Sintió que desfallecida antes de ver el nombre que ostentaba en la identificación el médico “Josef Menguele” el que más tarde denominarían como “El Ángel de la Muerte”, estaba en sus manos, y entonces se desmayó.

## **Continuará...**

Esta historia es parte de una saga que se complementa con los siguientes libros:

Secretos Inconfesables. Una pasión tan peligrosa que pocos se atreverían. Saga No. 1

Secretos Inconfesables. Una pasión tan peligrosa que pocos se atreverían. Saga No. 3

Te agradeceríamos muchísimo si nos puedes dejar un comentario sobre el libro en la plataforma donde lo adquiriste, ya que eso nos ayudará a que otras personas puedan obtenerlo también.

Gracias :)

Asimismo, a continuación te compartimos una lista otros libros de nuestra producción:

## Otros Libros Recomendados de Nuestra Producción:

Secretos Inconfesables. Una pasión tan peligrosa que pocos se atreverían. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. Saga No. 1

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (La Propuesta) Saga No. 2

Autora: Mercedes Franco

Secretos y Sombras de un Amor Intenso. (Juego Inesperado) Saga No. 3

Autora: Mercedes Franco

Rehén De Un Otoño Intenso.

Autora: Mercedes Franco

El Secreto Oscuro de la Carta (Intrigas Inesperadas)

Autor: Ariel Omer

Placeres, Pecados y Secretos De Un Amor Tántrico

Autora: Isabel Danon

Atracción Inesperada

Autora: Teresa Castillo Mendoza

Una Herejía Contigo. Más Allá De La Lujuria.

Autor: Ariel Omer

Contigo Aunque No Deba. Adicción a Primera Vista

Autora: Teresa Castillo Mendoza

Juntos ¿Para Siempre?

Autora: Isabel Danon

Pasiones Peligrosas.

Autora: Isabel Guirado

Mentiras Adictivas. Una Historia Llena De Engaños Ardientes

Autora: Isabel Guirado

Las Intrigas de la Fama

Autora: Mercedes Franco

Intrigas de Alta Sociedad. Pasiones y Secretos Prohibidos

Autora: Ana Allende

Amor.com Amor en la red desde la distancia

Autor: Ariel Omer

Gourmet de tu Cuerpo. Pasiones y Secretos Místicos

Autora: Mercedes Franco

Pasiones Prohibidas De Mi Pasado.

Autora: Mercedes Franco

Seduciones Encubiertas.

Autora: Isabel Guirado

Pecados Ardientes.

Autor: Ariel Omer

Hasta Pronto Amor. Volveré por ti. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Amor en la Red. Caminos Cruzados. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Oscuro Amor. Tormenta Insospechada. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Mercedes Franco

Viajera En El Deseo. Saga No. 1, 2 y 3

Autora: Ana Allende

Triángulo de Amor Bizarro

Autor: Ariel Omer

Contigo En La Tempestad

Autora: Lorena Cervantes

## **Recibe Una Novela Romántica Gratis**

Si quieres recibir una novela romántica gratis por nuestra cuenta, visita:

<http://www.librosnovelasromanticas.com/gratis>

Registra ahí tu correo electrónico y te la enviaremos cuanto antes.